

Más que discípula y amiga: Un epistolario de Laura Méndez de Cuenca

Leticia Romero Chumacero

Para la doctora Belem Clark

UN LUNES, EL 25 DE DICIEMBRE DE 1893, en su domicilio de 927 Broadway Street, en “San Francisco de California U.E.A.” (*sic*), la profesora Laura Méndez Lefort viuda de Cuenca escribió una carta dirigida al escritor hispano-mexicano Enrique de Olavarría y Ferrari para solicitarle un libro. Esa y otras veinticinco fueron recibidas por él entre aquella fecha y el 16 de enero de 1899, y permanecieron en su archivo durante décadas, acompañadas de sendas misivas firmadas por Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Caballero, Porfirio Díaz, Sebastián Lerdo de Tejada, Juan de Dios Peza, José López-Portillo y Rojas, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio y Justo Sierra, entre muchos otros. Casi un siglo después, hacia el final de 1994, la poseedora de las treinta y nueve cajas con esos documentos manuscritos, impresos y fotográficos era doña Amalia Porrúa, integrante de una de las dinastías de librerías más importantes del país (Salgado, 2000); ella vendió el espléndido archivo del escritor a la Biblioteca Nacional de México, donde lo catalogaron, lo integraron a la Sección de Manuscritos del Fondo Reservado y lo digitalizaron parcialmente para su divulgación a través de la página electrónica *Colecciones Mexicanas*, de la UNAM.

Precisamente en la versión digitalizada es posible explorar las notables cartas de Méndez, escritora y profesora de origen mexicano. Se trata de documentos originales firmados por ella: “Laura M. de Cuenca” (excepto el último, donde escribió completo su apellido paterno). Fueron remitidas desde distintos domicilios en San Francisco y Berkeley, en el estado norteamericano de California

(veintitrés en el primer caso y una en el segundo), y desde Toluca, Estado de México (dos). No dejan de llamar la atención tanto la constante mudanza de direcciones postales motivada por inestabilidad laboral, como el vistoso membrete de la *Revista Hispano-Americana* fundada por la escritora en marzo de 1895 en el edificio Mills, en el centro de San Francisco. Otro detalle de interés radica en ciertas anotaciones manuscritas -seguramente dispuestas por el receptor- pues presentan grafías distintas a las de Méndez y proporcionan información como la siguiente: “Contest^a 26 Julio”, “Escribí mi carta el 1° de febrero. / Mandé datos el 21”. Tan discretos pero sugerentes testimonios revelan la presteza con que Olavarría despachaba la correspondencia con escritores, políticos y demás personajes de la vida pública mexicana decimonónica, la de su amiga Laura por ejemplo.

En un examen más específico sorprende no estar ante epístolas de carácter amoroso. Ciertamente fueron enviadas por una mujer a un hombre y en la tradición de la carta de amor las hispanoamericanas -y no sólo ellas- han destacado históricamente (Arambel-Guiñazú, 2001: 21). Así sea de paso, cabría asentar que descubrir un diálogo amatorio dentro de la producción literaria de Méndez implicaría repasar algunos poemas de su autoría, fechados cuando se relacionó sentimentalmente con Manuel Acuña: “Nieblas”, “¡Oh, corazón!” y “Adiós” (publicados varias veces en las últimas tres décadas del siglo XIX); y algunos de Acuña, como “A Laura”, “Resignación” y “Adiós” (datados entre 1872 y 1873). En esos versos pudo haber un coloquio en clave amorosa; en las cartas californianas, en cambio, se desplegó una relación de carácter amistoso y profesional.

Y en este punto puede agregarse que existe otro motivo de asombro: la temática, que gira en buena medida alrededor de su trabajo escrito, editorial y docente, aun si coincide con un fructífero periodo en la vida profesional de la autora, se antoja inusual en la comunicación postal de una escritora finisecular.

Hay que ir por partes. Las fórmulas de apertura o encabezamiento y las de cierre o despedida, amén de expresar deferencia y alguna asimetría jerárquica (Donni, 2003: 152), dieron cuenta del afecto y la confianza entre ambos. Ciertamente, él había sido su profesor tanto en el Conservatorio de Música como en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, durante 1872 y quizá 1873. Sin embargo, no mediaba mucha distancia entre ellos, toda vez que Méndez había nacido en 1853 y Olavarría en 1844, por lo que al iniciar la comunicación a distancia ella contaba con cuarenta años de edad y él con cuarenta y nueve.

Por otra parte, a la sazón ambos eran escritores de considerable notoriedad dentro y fuera del país (varias composiciones de la poetisa comenzaban a ser incluidas en antologías argentinas, españolas, norteamericanas y peruanas). Con todo, andados los años la alumna aún mostraba su respeto y amistad con frases como “Muy señor mío”, “Muy querido maestro y amigo”, “su afectísima servidora que besa sus manos” y “quedo de usted como siempre humilde discípula y cariñosa amiga que besa su mano”.

La retórica de la humildad era común en cartas de la época, hecho evidente al repasar el resto de la correspondencia del Archivo Olavarría. En las misivas comentadas aquí, tales expresiones se matizaron con otras de carácter coloquial; muestra de ello fue la forma como la profesora anunció el envío de un poema para el álbum de la hija de su destinatario (“que Matildita no se avergüence por el mamarracho adjunto”), la frase con que ilustró su ritmo de vida en los Estados Unidos (“en esta tierra para tener derecho a comer se necesita vivir echando los bofes”), o aquella donde se refirió a sus enfermedades (“la *Pelona* no me cogerá desapercibida”). Pero la *captatio benevolentiae* en uso se equilibró también con actitudes no sólo firmes, sino denodadas y libres de ambages. Ello es notorio en la resuelta invitación que extendió a Olavarría y el editor Francisco Díaz de León para fundar con ella “un periódico mensual ilustrado, de información general acerca de nuestro país”.



Técnica mixta / papel de algodón, 130 x 98 cm

Gerardo Estrada, 2005

En el mismo tenor, y ante la falta de respuesta a su iniciativa, meses después asentó una “cachetada con guante blanco”: absolvió a su maestro por no contestar y le envió un ejemplar de la *Revista Hispano-Americana*; además, propuso a su lejano interlocutor ser agente de dicha revista en México y cuando el proyecto editorial fue truncado por una estafa del socio de la escritora, ésta registró con ánimo: “aún no pierdo la esperanza de otra oportunidad para hacer otro periódico”.

Como se ve, el conjunto de cartas es significativo testimonio de una mujer que vivió sobre todo de su escritura. A cargo de dos infantes desde junio de 1884 cuando murió el poeta y periodista Agustín Fidencio Cuenca Coba, su esposo, Méndez arribó a los Estados Unidos a mediados de 1891; a Olavarría le describió aquello como una “¡Inolvidable y triste llegada por cierto!”.

De enérgico temperamento, la joven viuda fue emprendedora. En las cartas dio información sobre su permanente envío de colaboraciones a *El Renacimiento* (dirigida por don Enrique), *El Mercurio*, la *Revista Azul* y *El Mundo*; sobre su ambivalente relación laboral con Rafael Reyes Spíndola, su pasado como redactora en *El Universal* y su proyecto para

un “cuentecillo” (que una vez avanzado se convirtió en la novela *El espejo de Amarilis*, publicada en 1902); sobre la revista que fundó, su labor como profesora de lengua española para angloparlantes y la intención de redactar un manual escolar; sobre su búsqueda de libros a buenos precios (“Shakespeare ilustrado a 25 centavos, sin ilustrar a 5”); su visita a bibliotecas como la de Berkeley, pueblo que encontró “rabón” pero equipado con admirables servicios modernos; o la encomienda que el Gobernador del Estado de México le otorgó para que ocupase la subdirección de la Escuela Normal de Señoritas, en Toluca.

El mismo contraste perceptible entre la retórica de la humildad y la industriosa vida de Méndez de Cuenca puede encontrarse en las expresiones con que se refirió a sí misma. Las frases de reverencia se alternaron con las de orgullo: “mi insignificante personalidad”, “valor inquebrantable como el mío”, “mi insignificancia literaria”, “la eficacia de mis servicios”, “con mi imaginación de mujer no puedo meterme en honduras”, “soy ruda para dar mi opinión”, “yo soy tan desventurada e impotente”. Y a tales adjetivaciones se sumó la imagen que creía inspirar en los demás: “una vez por lo que hice y otras por lo que hubiera podido hacer, siempre he tenido el poco envidiable privilegio de ser traída en las peores lenguas de mis caritativos paisanos”.

Entre la modestia reclamada por el código en uso y la conciencia del potencial propio, campeó siempre la burla fina y disimulada: vía de autocritica y medio para aligerar la seriedad epistolar. Ese rasgo fue también signo característico de buena parte de su *corpus* literario; es factible ilustrarlo con varios artículos publicados en *El Imparcial* entre 1906 y 1910, así como algunos cuentos presentados primero ahí y luego en el tomo *Simplezas* (1910). Su poesía y semblanzas, en cambio, eran tan solemnes como se esperaba que fueran los textos de una señora.

A partir del escrutinio de aquellos contrastes, es posible retomar los núcleos temáticos de las cartas. Son fundamentalmente dos: por un lado, el decurso de la actividad profesional de la escritora, presente en la mayoría de los mensajes; por otro, las muestras de cortesía (una felicitación por el año nuevo, un pésame por la muerte de la suegra de Olavarría y otro por la muerte de su hijo Ramón). Todo ello aderezado por confesiones personales como aquella donde contó minucias de su tratamiento contra la diabetes u otra donde reconoció haber sido olvidada por su familia en México. Esa distribución de temas elegidos para la interlocución es sugerente pues indica que por sobre todas las cosas la remitente confió en dialogar con un par que la

reconocía como tal; no era sólo su amigo o ex profesor, no sólo su nuevo compatriota o confidente, era su colega de pluma.

Por ello, los encabezamientos y despedidas comentados líneas atrás son puertas entornadas hacia una habitación llena de sorpresas. La primera, la más importante, consiste en que Laura Méndez de Cuenca se concibió con naturalidad como escritora profesional en un ambiente donde la mayoría de las damas vieron sus textos como catarsis o adorno, en todo caso como algo accesorio. Esa conciencia hizo de sus cartas documentos invaluable en la historia de la profesionalización de la escritura de mujeres. Puede objetarse a esta aseveración la existencia de pasajes donde Méndez justificó su trabajo apelando a una necesidad familiar (“estoy resuelta a que mientras pueda [...] ganar un peso para mis hijos, no he de permitir que el vecino lo gane antes que yo”); no obstante, es claro que algo más debió originar la tenaz redacción de artículos periodísticos, cuentos, novelas, poemas y semblanzas, que juntos abarcaron el largo período de 1874 a 1928 (mucho más de lo que vivieron la mayoría de sus ocho hijos). Quizá el placer de iluminar el mundo desde su filosa inteligencia; tal vez la irrefrenable determinación de contar historias, de conversar con la desenvoltura, juicio y fervor con que lo hizo en sus cartas a Olavarría, su colega. •

Fuentes

Arambel-Guiñazú, María Cristina, Claire Emilie Martin, *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica*, vol. I. (Madrid: Iberoamericana / Frankfurt: Vervuert, 2001).

Donni de Mirande, Nélide E. “El discurso epistolar en Santa Fe durante el siglo XIX”, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. LXVIII, núm. 267-268 (enero-junio, 2003).

Méndez de Cuenca, Laura. “Cartas a Enrique de Olavarría y Ferrari”, en *Espanoles en México en el siglo XIX*: «www.coleccionmexicanas.unam.mx/espanol.html» (revisadas en julio de 2008). Proyecto dirigido por Pablo Mora, con la colaboración de Edith Leal, Luz del Carmen López, Cuauhtémoc Padilla y Guadalupe Zubieta.

Salgado Ruelas, Silvia. “Catálogo crítico del Proyecto Españoles en México, durante el siglo XIX. Archivo Enrique de Olavarría y Ferrari: organización, descripción y análisis”, en *Gaceta Bibliográfica* (enero-marzo, 2000).

LETICIA ROMERO CHUMACERO. Es profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Correo electrónico: romero_chumacero@yahoo.com